

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVIII

MADRID, 13 DE JULIO DE 1924

NÚM. 20.422

A OCHO DIAS VISTA

La adolescencia heroica



DESDE hace algún tiempo venía encontrándome en el tranvía, al retorno a mi casa en horas meridianas, con un oficialito del Tercio, un muchacho rubio, imberbe, de ojos claros y mirada infantil, que, por las trazas, residía en mi barrio. No lo conozco. Ignoro quién sea, y, sin embargo, esa existencia en flor que he co-deado sin asociarla a la mía, ni aun con las breves palabras de urbanidad que pueden cambiar dos personas que junta el azar en un sitio cualquiera, no me es indiferente. ¿Quién es ese mozo? ¿Dónde está? ¿Por qué no he vuelto a encontrarme con él desde hace una semana? Quisiera saber su nombre y las señas de su domicilio, para informarme de su destino. Porque ese adolescente sin la menor experiencia del mundo, ese niño romántico, que ha abrazado un ideal de riesgos sin gloria en estos tiempos de grosero positivismo, simboliza a mis ojos la perenne infancia de esta España desventurada y crédula, que ha confundido siempre la grandeza con el heroísmo estéril. ¡Saber morir! He ahí todo el programa de nuestra juventud militar. «Los oficiales—decía no ha mucho un diario inglés, comentando las duras jornadas de Marruecos—se hacen matar con desesperado arrojo.» ¿Matar, por qué y para qué? Es el deber, me contestará algún moralista circunstancial, de esos que no desoyen la menor exigencia de su egoísmo. ¡El deber! Pero el deber, como todos los postulados de la conciencia humana, no es un elemento inerte, sino la palpación viva de la personalidad, que quiere orientarse hacia la dicha.

El deber está sujeto a la revisión de nuestro sentido crítico. ¿Quién sabe cuál es el deber de cada hora o de cada momento? Eso no se aprende en ningún manual escolar. Ese muchacho imberbe y candoroso que yo me encontraba en el tranvía, a quien probablemente no volveré a ver más, no es un extraviado de la vocación militar, que me parece, como todo lo que tiende a la defensa de la patria, digna del mayor respeto; pero yo creo que ese niño malogra toda su generosidad espiritual comprometiéndola en la estúpida empresa de civilizar a un salvaje de las montañas rifeñas, que se obstina en volverse de espaldas a nuestra cultura. Porque ese mozo, que ha ido a inmolarse su vida por amansar la barbarie de un moro, no está, desgraciadamente, solo. Los españoles, que en plena adolescencia se sacrifican por ese ideal sin gloria, constituyen legión. Yo sé que en estos instantes el decoro de la patria nos impone el dar la cara a un peligro, que esquivado nos atraería la humillación ante Europa, y que esos mozos que han anticipado la virilidad por sacar ileso el decoro nacional, están demostrando, con su arrojo, que no miente la tradición que adjudica a nuestra raza, como virtudes cardinales, el valor, la dignidad, la prontitud en la inmólación

de la vida y la paciencia que soporta en silencio los rigores de la suerte. Pero esa interpretación del deber, que a estas horas nos parece inviolable y fuera de toda controversia, puede ser, en su contumacia, un error de posible enmienda. No lo digo yo solo, sino media España, que sigue, por cierto, con simpático interés las peripecias mentales del marqués de Estella, tan opuestas a la cronicidad indefinida de la guerra. El Rif es poca cosa para ser panteón de la juventud española. Castíguese, si se puede, a los moros; hágaseles sentir nuestra superioridad cultural y material, si es que nos espera alguna satisfacción detrás de ese éxito; pero luego dejemos a Abd-el-Krim la gloria de restaurar, si se siente con entusiasmo para ello, en aquellas abruptas tierras la civilización de los Omegas. ¡Acábase, por Dios, de una vez para siempre esta angustiosa pesadilla, que intranquiliza a las madres españolas!

No van enderezadas nuestras palabras a entumecer la bravura de esa heroica mocedad, que no ha encontrado forma más digna de servir a su patria que el dejarse matar en el Rif. Si se está jugando una partida en la que, por causas que no tenemos libertad para examinar, va comprometido el honor nacional, júguese hasta el fin, compaginando la efusión de la sangre con las exigencias del prestigio militar. En estas circunstancias no nos apartamos del criterio vigente, que es, por desgracia, el reflejo de un ideario heroico tan teatral como infundado. Seamos patriotas al uso y no desentonemos, inculcando gérmenes de duda en el espíritu generoso de la juventud que se está batiendo por España; pero al

mismo tiempo séanos lícito el añadir, por nuestra cuenta, que no nos interesa el Rif, y que no vale la pena el que, por tener sometidas o propicias a unas cabillas que no han de dejarse influir nunca por nuestro espíritu y nuestros métodos civilizadores, se desangre España y se arruine el Erario público. Queremos creer, al decir esto, que no nos movemos en el vacío, y que el jefe del Directorio que gobierna al país participa de nuestros sentimientos y de nuestras ideas.

Las condecoraciones

A su paso por Madrid, el Rey de Italia ha tenido a bien condecorar a algunos de nuestros compañeros de letras, entre ellos al ilustre director de *Nuevo Mundo*, D. Francisco Verdugo Landi, que tanto ha contribuido con sus inteligentes iniciativas al progreso de la Prensa gráfica. No es solamente en Italia donde el primer magistrado de la nación otorga a los literatos y artistas ciertas distinciones decorativas, que, si bien se mira, no pasan de ser emblemas de la vanidad, como todo lo que tiende a destacar con exceso nuestra irreductible insignificancia dentro de la grandeza cósmica, atendiendo a consideraciones más humanas no carecen de cierto sentido alentador para quienes las reciben. El que ha contribuido a una obra de cultura y recibe por eso una distinción, que prodigada perdería todo su mérito, experimenta una cierta noble satisfacción, y todos somos más o menos sensibles a esos halagos oficiales que aparentamos desdeñar. Entendiéndolo así el presidente de la República francesa y el Rey de Italia—cito estos dos casos por ser los más

notorios—, distribuyen anualmente entre los escritores y los artistas que más se han distinguido diversas condecoraciones, que suelen ser muy bien recibidas de los favorecidos. Aquí, la política monopolizó ese privilegio de condecorar, y, como en todo el sistema de selección, para el reparto de cruces estuvo supeditado al capricho ministerial. El mérito silencioso y sin capacidad de intriga fué excluido del reparto de aquellas distinciones honoríficas. ¿Por qué ha de persistir ese sistema? El Directorio, dicho sea en justicia, viene siendo muy parco en otorgar cruces, y se limita a conceder aquellas que, por lo ostensible de los méritos, aparecen muy justificadas. Pero yo creo que no estaría mal el que se adoptase aquí el sistema de Francia e Italia. ¿No se creó la cruz de Alfonso XII para honrar a artistas, escritores y, en general, a todos los que descuellan en el orden intelectual? No estaría, pues, de más que, a semejanza de lo que se hace en aquellos países ya citados, el Poder público diese al elemento intelectual la impresión de que su labor es conocida y estimada en las altas esferas de la nación. Eso, a reserva de cuidar de que el escritor español no sea expoliado en los países americanos en que no rige ley alguna de propiedad que alcance con su acción tutelar a nuestros libros. ¿Pesarán en el ánimo del presidente del Directorio las razones que acabo de exponer? Como el derecho a vivir de ilusiones es ilimitado, yo me atrevo a esperar que el Poder público piense un poco en nosotros. No todo ha de ser protección a los arancelistas de Bilbao y Cataluña...

Manuel BUENO



AGUAFUERTE DE EDUARDO NAVARRO, PRIMERA MEDALLA EN LA EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES

Al rededor del estilo

XIII

EMPLÉASE algunos —ismos para designar estilos colectivos de imitación. Aunque lo colectivo no puede ser más que imitativo, ya que lo original le está vedado a la colectividad. Y así, por ejemplo, del nombre propio de Góngora hemos hecho el término gongorismo para designar aquel estilo—es decir, aquel no estilo, aquel estilismo—de los que pretenden imitar a Góngora. Lo que no cabe decir es que Góngora fuese gongorista, ni siquiera gongorino: era Góngora. De nombre propio deriva, pero mediatamente, la voz cristianismo, que es la doctrina de los que se dicen a sí mismos cristianos; pero no se le llama a esa doctrina cristismo, y está bien. Está bien porque es la doctrina, no de Cristo, sino de los sedicentes cristianos; doctrina que el Cristo rechazaría de vivir hoy entre nosotros. Pues si buscamos la de éste entre aquéllos, nos encontraríamos con los dos hombres de vestido resplandeciente que nos dirían lo que a los discípulos que fueron el Sábado de Gloria—hoy 19 de abril lo celebra la Iglesia—a buscar el cuerpo del Maestro, les dijeron: «¿Por qué buscáis al viviente entre los muertos?» (Luc. XXIV, 5.)

Lo viviente, lo vivo, lo actual, lo presente, es lo que con otro nombre llamamos moderno. Aunque no, no es así, pues hay realidades, estilos pasados, que son más vivos y más actuales que los llamados modernos. La modernidad no es siempre realidad viva. No lo es muchas veces en eso que se llama en literatura moderno. Lo moderno dice relación a la moda, y su novedad suele ser la de lo que los sastres y las modistas llaman «novedades». En mi pueblo se llama el Puente Nuevo al más antiguo de los puentes que allí hay hoy, y calle Nueva a una de las antiguas.

El modernismo no tenía nada de nuevo ni de moderno. Y, además, cada escritor con estilo es moderno de su tiempo, es actual de su actualidad, y el que es una vez actual lo es para siempre. La actualidad que pasa no es tal actualidad. Lo que es de un tiempo y de un lugar, es de los tiempos y lugares todos, es eterno e infinito. Los hombres universales y seculares son los que más de su tiempo y de su lugar son.

Utopía es una palabra que inventó Tomás Moro para designar lo que no es de lugar alguno, lo que está fuera de lugar, e inventó la palabra forzando las leyes de la composición griega. No pudo valerle del término griego *atopia*, porque en griego *atopos*, lo que no es de lugar alguno, lo que está fuera de lugar, significaba: absurdo, disparatado. Y así es.

¡Nuevo! ¡Nuevo! Lo más nuevo sería un mastodonte o un ignanodonte vivos. Junto a eso palidecería la novedad de un aeroplano. Pero acaso el aeroplano, no sea otra cosa que un ignanodonte vivo.

Y volviendo al modernismo, ¿qué son esas ridículas pretensiones de los que presumen de jóvenes, pretensiones a la modernidad y a la actualidad? El otro día me he podido reír leyendo en una revista ultraista, o lo que sea, unas variedades atópicas de un pobre chico que a la naturaleza suiza le llama: «naturaleza estilizada, dandysta y brummeliana, que se baña y afeita todas las mañanas!», en que se delata una completa ignorancia de lo que es estilo, de lo que es un dandy y de quién era Brummel. Y entre paréntesis inserta esta redonda tontería: «¿Cuán lejos de nuestra Castilla intonso y desgredado!» Tontería de tonto de capirote, pues que a la escueta y desnuda Castilla no se le puede tundir, ni pue-

de llamarse desgredado, ya que no tiene greñas, y en castellano, desgredado no es lo que carece de greñas, sino lo que las tiene enrespadas y revueltas. ¡Intonso Castilla! Tanto valdría llamarle intonso a un esqueleto. Y hemos aducido este ejemplo para que se vea cómo esos pobres chicos que hacen, por imitación, estilismo carecen de estilo. O sea que, como escritores, como artistas, no existen. Buscar estilo en ellos es buscar la vida entre los muertos.

Eso sí, se apresuran a forrar escuela y a ponerle un rótulo cualquiera en —ismo. Y la escuela es la negación del estilo. El estilo de escuela, el estilo escolástico, no es estilo, es manera. En vez de decir de uno: «tiene estilo propio», vale más decir sencillamente: «tiene estilo». Que equivale a decir: «es él». El estilo común, en cambio, no es estilo. Como no es propiamente sentido el sentido común.

Y otra vez, sí, otra vez, otra más, y no será la última—es mi estilo—, tengo que repetir que el sentido común es lo menos sentido que se conoce. Y tengo que repetirlo porque, a pesar de mi insistencia, no parece que disminuya la

circulación de aquella solemnisima vaciedad que dice que el sentido común es el más raro de los sentidos. No; el más raro de los sentidos es el sentido propio; lo más raro es encontrar quien tenga estilo, quien sea él, quien exista. Los más de los que vemos por ahí, hombres al parecer, no existen, son nuestro sueño. Su esencia consiste en ser soñados por nosotros, los verdaderos soñadores.

Estoy soñando, estoy soñando en esta isla de Fuerteventura, a la que un tonto llamaría desgredada; estoy soñando aquí, sobre esta viva osamenta, y no son más que sueño mío los que aquí me han traído: los unos, haciendo; los otros, dejando hacer. Yo sueño, yo les sueño y ellos son mis soñados, los soñados del soñador. Y ellos, a su vez, no sueñan; son incapaces de soñar. Ni sueñan, ni ven. No ven más que con los dedos, como aquel Tomás el Apostol a quien dice el Maestro: «Trae tu dedo aquí y ve mis manos.» (Juan, XX, 27.) Para él, tocar era ver.

Y a propósito, ¿hay estilo en la acción?

Miguel de UNAMUNO

NUEVAS CANCIONES

Proverbios y cantares

El ojo que ves no es
ojo porque tú lo veas;
es ojo porque te ve.

Para dialogar,
preguntad, primero;
después... escuchad.

Más busca en tu espejo al otro
al otro que va contigo.

Hoy es siempre todavía.

Como otra vez, mi atención
está del agua cautiva;
pero del agua en la viva
roca de mi corazón.

Busca a tu complementario,
que marcha siempre contigo,
y suele ser tu contrario.

En mi soledad
he visto cosas muy claras,
que no son verdad.

Se miente más de la cuenta
por falta de fantasía:
también la verdad se inventa.

¿Dijiste media verdad?
Dirán que mientes dos veces
si dices la otra mitad.

Hora de mi corazón:
la hora de una esperanza
y una desesperación.

Creí mi hogar apagado,
y revolvi la ceniza...
Me quemé la mano.

¿Conoces los invisibles
hiladores de los sueños?
Son dos: la verde esperanza
y el torvo miedo.

Apuesta tienen de quien
hile más, y más ligero,

ella, su copo dorado,
él, su copo negro.

Con el hilo que nos dan
tejemos, cuando tejemos.

Da doble luz a tu verso,
para leído de frente
y al sesgo.

Del romance castellano
no busques la sal castiza;
mejor que romance viejo,
poeta, cantar de niñas.

Déjale lo que no puedes
quitarle: su melodía
de cantar que canta y cuenta
un ayer que es todavía.

Si vivir es bueno,
es mejor soñar,
y mejor que todo
madre, despertar.

Tengo a mis amigos
en mi soledad;
cuando estoy con ellos,
¡qué lejos están!

El pensamiento barroco
pinta virutas de fuego,
hincha y complica el decoró.

—Sin embargo...

—Oh, sin embargo,
hay siempre un ascua de veras
en su incendio de teatro.

Doy consejo, a fuer de viejo:
nunca sigas mi consejo.

Pero tampoco es razón
desdeñar
consejo que es confesión.

—¿Mas el arte?...

—Es puro juego,
que es igual a pura vida,
que es igual a puro fuego.
Veréis el ascua encendida.

Antonio MACHADO

CRÍTICA LITERARIA

El Cáliz rojo (novela, 1923);
Tierras del Aquilón (cuentos, 1924), por Concha Espina

He aquí dos libros que señalan una época en la labor literaria y en la evolución espiritual y sentimental de la insigne autora de *El jayón*, y que reclaman, por eso mismo, un detenido estudio. Tanto la novela como los cuentos largos, que se contienen bajo esos títulos, tienen un rasgo común, y es el de hallarse situado su escenario en tierras germánicas. Diríase que su autora, que hasta aquí noveló casi exclusivamente aspectos de las almas y el paisaje de su Cantabria nativa, sintió un día, obediendo el influjo de un alto magnetismo espiritual, el anhelo de explorar ese norte germánico, con el presentimiento de encontrar allí almas afines a la suya y un exotismo, que, sin perder su encanto, había de tener para ella algo de familiar. En el verano de 1922, Concha Espina, que acababa de publicar *Dulce Nombre* (1921), emprendió un viaje a Alemania, donde recorrió montañas y selvas, parques y ciudades; visitó y fué visitada por colegas ilustres, y tuvo ocasión de conocer costumbres e instituciones germánicas, alguna de las cuales—la de los *Wandervogel*, esos estudiantes nómadas—brindó por sí sola materia para un argumento novelesco en *Tierras del Aquilón*. En Berlín fué la ilustre escritora testigo de un patético episodio, que influyó, sin duda, grandemente en la génesis de *El Cáliz rojo*. Cierta noche de sábado, Concha Espina, que sentía curiosidad por contemplar de cerca la vida íntima de los sefardíes de Berlín, dirigióse, en compañía de un hijo suyo, el notable escritor que con el pseudónimo de *Ramón de Luzmela* ha enviado desde allá interesantes crónicas a nuestros periódicos; del gran Pedro de Répide, que a la sazón se hallaba también en la capital alemana, y de algunos amigos y colegas tudescos, a ese curioso barrio judío llamado Grenadierstrasse, que es, en su plácido aislamiento, como un *ghetto* sin puertas. El cortejo llamó a los umbrales de una casa, donde estaban celebrando el rito con que se despide el sábado, y cuyos habitantes franqueáronles a todos en seguida la entrada; nuestros ilustres amigos diéronse a conocer como judíos españoles, y entonces la afabilidad de sus huéspedes rayó en extremos conmovedores. La impresión que dejó aquella escena en sus ánimos fué tan poderosa, que requirió la transfiguración artística, y ahora la vemos recogida y desentrañada en todo su alcance moral en esta novela, *El Cáliz rojo* (1923), donde dos seres, oriundos de una misma patria y alejados de ella por razones distintas—Soledad Fontenebro, la mujer extraña, que se consume en la brasa de un amor imposible y se expatría por el delicado y fiero pudor de su mismo pesar, e Ismael Dávalos, el sefardí, el español *sin patria*, que diría el doctor Pulido, que vaga por el mundo como alma que ha perdido su centro de gravedad—, se encuentran frente a frente en esas mismas tierras germánicas y pueden apreciar todo lo que los une y todo lo que los separa. Son dos hijos de una misma madre, hablan la misma lengua y están transidos de una misma melancolía y de idéntica nostalgia de amor, y, sin embargo, no pueden comprenderse. Representan dos modos distintos de ver y de sentir la vida, y si pueden pronunciar en el mismo idioma la palabra amorosa, no designan con ella el mismo sentimiento. Para Dávalos es un enigma la existencia

da aquella mujer, que recorre el mundo buscando alivio a una cruel llaga de amor y, sin embargo, se complace en la propia tortura, a semejanza de la doctora mística, y en vano, haciendo veces de tentador, pretende enamorarla, brindándole todas las seducciones de la vida. Soledad es cristiana e Ismael judío: la espada de la religión se interpone entre ambos, y tras un ligero simpatizar en la comunidad de sus melancolías, vuelven a separarse para siempre. La hija de España no ha querido abrirle su corazón al judío errante.

Literariamente, esta novela de Concha Espina marca una altura cenital en su obra. En Soledad Fontenebro, la mujer apasionada, fiel a un amor ingrato y cruel, en el que se concentran todas las energías de una vida, hallan su expresión más alta todas esas mujeres creadas por la autora, mujeres del norte, reacias y tardas para conocer y dar entrada en su pecho al amor; pero que cuando, al fin, lo hacen, no es para una noche, sino para toda la vida. Para comprender bien su enigma, es preciso leer la obra entera de Concha Espina y hundir la mirada en el corazón de esas mujeres, que se acercan, pálidas y transidas al amor, como al más alto misterio. La autora ha trazado, además, su figura con un arte opaco y sobrio, acumulando sobre ella todas las brumas y nieblas de su estilo, velándola, como a la misma faz sagrada de la Eucaristía; de suerte que Soledad, más que una mujer, es una hostia viva. Pero bajo esas nieblas late un fuego voraz, un fuego de mediodía, que se descubre más bien al través de ese cendal, como ese sol de ciertos días, ardientes y nublados, cuya presencia se denuncia por la fulgente reverberación de alguna nube. Así como un sol oculto, arde Soledad bajo la bruma de su enigma. Y los regueros de su fuego corren por la obra toda, aunque serenamente, con un ritmo, no de lava volcánica, ni de sangre enfebrecida, sino de sangre que fuere, naturalmente, fuego. Quizá por el influjo de la evocación hebrea, el estilo se hace versiculado, sobrio y henchido a un tiempo, y se parte en períodos de una cadencia lánguida y rota, en que las palabras saltan como las uvas de un racimo. El estilo se hebraiza, y el léxico de la autora, tan rico en vocablos arcaicos, viste a maravilla las arcaicas evocaciones que la presencia del *sefardí* suscita, dando un poco la impresión de ese *ladino* que se habla en Salónica.

Pero, además de su alto valor literario, tiene *El cáliz rojo* un alto valor moral, de simpatía a una raza perseguida y vejada, hallándose en el mismo plano de piedades sociales que *El metal de los muertos* (1920). Ciertamente podría reprocharse a su autora habernos pintado en Ismael Dávalos a un judío de la estirpe de esos judíos carnales de que nos habla la Escritura, incapaz de comprender la grandeza de un amor espiritual, olvidando que el arquetipo de este místico amor cristiano está en el hebreo *Canar de los cantares* y lo uno de sus más sutiles definidores lo fué en el siglo XVI un *sefardí*, el famoso *León Hebreo*, citado por Cervantes en el prólogo de su *Quijote*, así como también cabría interpretar, cual deficiencia generosa, el desenlace que la novelista da al libro, no uniéndolo a Soledad con Ismael, como Galán a Gloria con Morton, el correligionario de Dávalos. Sin embargo, tal desenlace, aunque menos generoso, es más real, y responde mejor al misterio de los antagonismos seculares, demostrándonos de paso la independencia con que Concha Espina deja vivir y manifestarse a sus personajes novelescos, sin imponerles la servidumbre de una tesis.

Con *El cáliz rojo* márcase una nueva

época, que podría llamarse internacional, en la obra de Concha Espina. En esa novela, como en esta colección de relatos breves, que se titula *Tierras de Aquilón*—premio Chirel, de la Academia Española, 1924—, abandona la novelista su escenario montañoso en busca de otros paisajes y otras almas; incidentalmente, ya lo hizo más de una vez, llevando al libro impresiones de su estancia en América. *Tierras de Aquilón* reúne con ese broche nórdico tres narraciones, que se desarrollan en país germánico y aluden a costumbres y sentimientos de la raza teutona (*Aves de paso-Rosa de carne-Erika*), mas un parco haz de páginas en que la autora recoge impresiones y emociones de viajera. Y es admirable el modo cómo la escritora montañesa, del benigno norte hispánico, sabe encajarse bien en ese otro norte más real e imponente, al modo de una sede pontificia de

todos los nortes, e interpretar a maravilla los tonos de su paisaje y entender a esas almas brumosas, que tienen tan escondido el resorte de sus acciones. En ningún momento, sino cuando ella misma nos lo deja entender, se advierte que la narradora de esos episodios germánicos es una extranjera, nunca se traiciona en el estilo ni en el análisis psicológico la torpeza de una pluma advenediza, y el lenguaje sobrio, enérgico, viril de la escritora montañesa, se aviene, por modo admirable, con el temple de los caracteres que describe. Entre el genio de Concha Espina y el de los escritores del Norte de Europa hay una concordancia de seriedad y de hondura. Y sus obras, que ya están traducidas al alemán y al inglés, figurarán dignamente entre las de un Tomás Hardy y una Selma Lagerlöf.

R. CANSINOS-ASSENS

GOYA.-LOS DIBUJOS

II

Un buen día del año 1775, un hombre joven recorre las salas del Palacio Real, que habita el digno y austero monarca Carlos III. Se trata de un pintor aragonés, ha poco establecido en la corte, donde años antes estudiara; Mengs, el filósofo, ha solicitado su arte para proveer de cartones a los tapiceros de la Real Fábrica, y el artista aragonés lleva dos años ocupado en tal tarea. Ha realizado ya este pintor algunas obras notables; le espera un halagüeño porvenir. En el Pilar de Zaragoza ha trazado una alegoría de la Divinidad o de la Gloria; en las paredes de la Cartuja de Aula Dei ha ejecutado, con despreocupación prometedora, unas pinturas glosando pasajes de la vida de Nuestra Señora. Peregrino de la belleza, marchó ha tiempo por el camino de Roma, en busca de luz para sus ojos; espíritu inquieto, recorre ahora—contemplando atento los lienzos que decoran sus muros—las estancias del Real Palacio, en pos de un ideal, caminito de Santiago, que encauce los deseos inciertos... Súbito, sus ojos se incendian; ante él don Sebastián de Morra sonríe melancólicamente; en los labios del joven pintor acúsase un leve temblor. Muchas obras geniales admiró este joven de risueño porvenir; nunca fué herida su sensibilidad hasta el punto que la excitación provocara un temblor de los labios gruesos. No ha de seguir adelante, el estudioso, en su paseo; estuviera dentro de lo posible, y ninguna otra imagen manchara su retina en este día fausto. Y aun para más gozar la emoción velazqueña, sabiamente, en días sucesivos, en las manos los útiles del dibujante y del aguafortista, emprenderá, afanoso, un trabajo de espía.

Ceán Bermúdez, en el artículo consagrado a Velázquez, de su Diccionario, indica posee los dibujos que, copiando los cuadros del maestro, hiciera Goya, y añade que si fueran de manos del mismo D. Diego no los tuviera en más estima. Estos dibujos, que, dispersos, forman hoy parte de colecciones varias (1);

(1) Eduardo Carderera Ponzán posee: el de las "Meninas", elogiado por Ceán, y los que corresponden a los retratos ecuestres de Felipe III e Isabel de Borbón: el primero, a lápiz rojo; los dos últimos, a lápiz negro, y los tres pudieron ser admirados en la Exposición de dibujos organizada por la Sociedad Española de Amigos del Arte.

muestran la admiración que Goya siente por Velázquez; no aquella, servil y despreciable, que convierte la obra propia en imitación rastrera: únicamente el cariño que en un espíritu desembarazado y altivo suscita el contacto con una personalidad extraordinaria. Goya se acerca a Velázquez sin la timidez del rutinario; no mendiga, como el mediocre, la limosna de una lección que las manos inútiles han de convertir en receta; contacta con él libremente; su noble afán espera del choque reacciones fecundas.

Las copias dibujadas, llevadas luego al aguafuerte, recuerdan, por su técnica minuciosa, los dibujos de Carnicero, y más que copias son verdaderamente interpretaciones caprichosas. Goya, entregado a la labor de los tapices, busca, ante todo en el modelo medios para resolver aquellos problemas que las escenas al aire libre, movidas y rientes, le plantean, y los personajes velazqueños truecan su desdeñosa aristocracia por la gracia de lo popular. No es precisamente que los bufones humoristas muden en andrajosos mendigos sin transcendencia, no; Goya, en la primera etapa de su vida, no recoge lo bajo y sucio; acaricia lo vulgar y lo mima y pule. Hijo del pueblo, se complace en seguir la tradición, desarrollando en los cartones asuntos de la vida cotidiana, y no precisa fingimientos para el logro de impresiones finas y amables.

Era costumbre de los artistas del tiempo llevar al lienzo, en los modelos para la Real Fábrica de Tapices, temas populares; ahora bien: el modo de tratar estos temas era convencional, amanerado, forzado; nada original ni sentido. Francisco Bayeu trazó también, con su hermano Ramón, borroncillos para cartones; pero sus dibujos, aun siendo Bayeu fácil y correcto dibujante, están muy lejos de la soltura y encanto de los de Goya.

De figuras correspondientes a los primeros tapices ejecutados por el aragonés genial se conservan en el Instituto de los Condes de Valencia de Don Juan dos dibujos: uno representa al majo sentado de frente, que apoya una mano en el suelo, del tapiz titulado «La merienda» (1776), y el otro, el majo sentado de perfil, fumando y con la espada española al lado, del mismo tapiz. A esta serie pertenece también el conservado en el Museo del Prado, apunte de la figura del majo que toca las palmas en el cuadro «El baile de la Florida» (1777), a lápiz negro craso y toques de clarión, sobre

papel azulado, tan sobresaliente, que no conocemos en nuestro siglo XVIII otro tan gracioso, salvo ciertos de Carmona o Ramón Bayeu; dibujo es éste, promesa de los triunfos alcanzados más tarde por el Goya pintoresco y risueño.

Las dos series, la de dibujos para cartones y la de copias, nos bastan para trazar la silueta goyesca correspondiente a este primer período de su manera clara (1766-1788).

Goya, el alma fogosa, viva y apasionada, de estudio; pero su independencia ha sabido elegir un camino apropiado; el plebeyo, el finamente plebeyo Goya, pone todo su fuego en la labor, desdeñada como secundaria e inferior, de los cartones, y su instinto estético enuncia problemas de más enjundia que aquellos cuya resolución preocupa a sus contemporáneos—por eso no encontramos en él esos estudios de paños, de cabezas y manos, tan abundantes en la época—; y su fuerte temperamento, dando de lado enseñanzas y formulismos, acude a Velázquez, el por entonces olvidado, solicitando su ayuda genial. De lucha, de una lucha titánica, es igualmente este período; Goya se agita, resuelve, brujulea, interviene en concursos, trabaja incansable, no para, no reposa, va de un lado a otro tras el aplauso; fracasa a las veces ruidosamente, debido a este mismo deseo de conquista; nada importan los tropiezos; no cuentan los desaciertos e indecisiones; la tenacidad goyesca ha de vencer todo escollo.

El espíritu audaz de Goya informa ya las obras producidas en estos años, y si existen dibujos suyos de notable semejanza con los de otros autores del mismo tiempo—como aquél, primera idea para el cuadro de la catedral de Valencia, que representa a San Francisco de Borja despidiéndose de su familia (Museo del Prado), y que tanto nos recuerda algunos dibujos de Francisco Bayeu—, téngase en cuenta que todo artista, aun los llamados a revolucionar el arte por completo, ofrecen en sus principios concomitancias con sus inmediatos antecesores. Es luego, ya en posesión completa de los medios de expresión, conseguida con el ejercicio constante y apasionado, cuando ampliamente se muestra su genio, abriendo rutas, descubriendo sendas a sus sucesores. ¡Nuevas rutas que conducirán a ignotos lugares de los que, a su vez, partirán otros nuevos caminos!

Antonio BAEZA

EL IMPARCIAL se vende en París en los principales quioscos y en casa de los Sres. Corbaty Frères, rue de Ste. Cecile, 16.

EDITORIAL "MUNDO LATINO"

Sagasta, 14.—MADRID—Apartado 502

DOS LIBROS RECIENTES

El renacimiento de la novela en el siglo XIX

por

Eduardo Gómez de Baquero

(«Andrenio»)

PRECIO: 5 pesetas.

Obra interesantísima del primero de nuestros críticos

LA DANZA DEL CORAZÓN

por

JOSÉ FRANCÉS

PRECIO: 5 pesetas.

Novela admirable del gran escritor

En todas las librerías y en la

= CASA DEL LIBRO =

Pi y Margall, 7

DE LA CASA DEL POBRE A LA CASA DEL PESCADOR

CUENTO PARA NIÑOS POR ALFONSO G. DEL BUSTO

QUERIDOS, diminutos y traviesos lectores: Aquí me tenéis dispuesto a relaros el más misterioso de los sucesos ocurridos en esta villa del oso durante el año de 1920.

Fijaos bien: digo villa del oso, y es verdad; pero no asustaros; no se trata de un oso de los que devoran chicos crudos; me refiero, sencillamente, al oso que hay pintado, a la sombra de un árbol, en el escudo de Madrid. Decid a vuestro papá que os lo enseñe.

Bueno; pues en esta villa del oso existe, como todos sabéis, uno de los más bonitos y frondosos parques del mundo entero. Y, como sabéis todos, este parque tiene el poético nombre de Retiro. Por cierto que en un sitio acotado del mismo podréis ver los verdaderos osos devoradores de niños crudos y otras muchas fieras terribles; pero no temáis, están perfectamente enjaulados y no habrá peligro. Cuando llegue la ocasión, decid a vuestro papá que os lleve a verlos.

Bueno; pues en este parque llamado Retiro hay, entre otras muchas cosas buenas, una casita rústica, situada muy cerca de la zona de recreos para grandes y chicos. La casita está cerrada; pero si se ofrecen unas monedas de cobre al guardián, franquea la entrada y puede admirarse el hogar del pobre, que tiene cacharros y toscas sillas y unos amables muñecos de cartón, y hasta un borriquillo no menos acartonado, que nunca da pases. Cuando vayáis al Retiro de paseo, decid a vuestro papá que os conduzca a la Casita del Pobre.

Un poco más lejos, al otro lado del paseo de coches, se alza una montañita, desde cuya cumbre cae el agua en forma de cascada, que se quiebra entre peñascos artificiales, y a muy pocos pasos de esta montañita, el paseante se halla ante otra casita construida en medio de un estanque, a manera de isleta, si bien un puentecillo la pone en comunicación con la tierra, sin necesidad de embarcarse ni de echarse a nadar para llegar a su entrada. La tal casita se denomina Casa del Pescador. Si alguna vez la mano de vuestro papá os lleva por allí, no intentéis penetrar en dicha construcción, aunque os parezca de juguete. Sería inútil; lo impiden unos hermosos cisnes blancos puestos allí para guardar la puerta.

Espero que con esta pequeña descripción os habréis dado cuenta del lugar en que se desarrolló el suceso misterioso a que aludí al principio.

Y vamos al asunto.

Habéis de saber que, hace poco tiempo, Jaime vino a Madrid. Jaime ha cum-

plido nueve años y es muy revoltoso, tanto o más que su primo Carlos. Este, que vive en Madrid, precisamente frente al Retiro, con sus padres y su hermanita Marta, escribió a los papás de Jaime para que le trajeran a la corte a pasar unos días. Y los papás de Jaime accedieron gustosos, ya que con ello se veían libres por una temporada de las diabluras de su hijo.

Así, pues, quedamos en que Jaime vino a Madrid.

No parece que sus tíos le recibieran muy contentos, pues bastante tenían para entretenerse con sus hijos Carlos y Marta, sin necesidad de que viniera un tercer diablillo a proporcionarles nuevos quebraderos de cabeza. Pero, al fin, se resignaron y decidieron que los tres niños pasaran casi todas las horas del día en el parque, acompañados por la doncella.

De este modo se cumplía con la hi-

que se perdió aquí una noche entre los árboles. Y como iba perdida, llamó en la otra casa que hemos visto ahora: en la del Pobre. Y como allí todos son muy malos y saben brujerías, la robaron todo el dinero y todas las joyas, y la convirtieron en bruja y la encerraron en este palacio chiquitín que estás viendo. Y esos cisnes blancos que ves en el agua no la dejan salir, y por la noche, para darla miedo, se vuelven ogros y dan rugidos horribles, que se oyen en nuestro cuarto; ya los oirás luego.

Imaginado y dicho lo que va apuntado, en un santiamén Carlos se quedó tan tranquilo, observando el efecto que su embuste producía en Jaime, mientras Martita se escondía, medrosa, entre las faldas de la doncella.

Jaime no contestó ni una palabra. Pero cuando más distraídos estaban todos mirando a la Casa del Pescador, bajo la sugestión del relato de Carlos, el pro-

—No encontramos a Jaime—le dijeron, llorando.

Y el guarda tocó un cuerno, y como por arte de magia, fueron llegando uno, dos, tres... hasta doce guardas con sus carabinas.

Y los doce registraron en vano por paseos y alamedas. Busca por acá, busca por allá, y las horas pasaban y Jaime no aparecía.

Y como la noche cubría de sombras el parque, hubo que abandonar la empresa por imposible, y todos regresaron al hogar cabizbajos, mohinos y llorosos...

Queridos, diminutos y traviesos lectores: Yo no sé a punto fijo lo que pasó en el domicilio de Carlos y Marta cuando llegaron sin su primito. Tengo entendido que menudearon los azotes, los ayes y las lágrimas. También sospecho que Carlitos, causante de la desaparición de Jaime, no vive en paz desde aquella tarde fatídica. Los re-

cordimientos le martirizan, y ha prometido solemnemente no inventar más cuentos de brujas en lo que le reste de existencia, o ya serán años.

En cuanto a Jaime... ¡esto es lo más triste!... Jaime no ha aparecido...

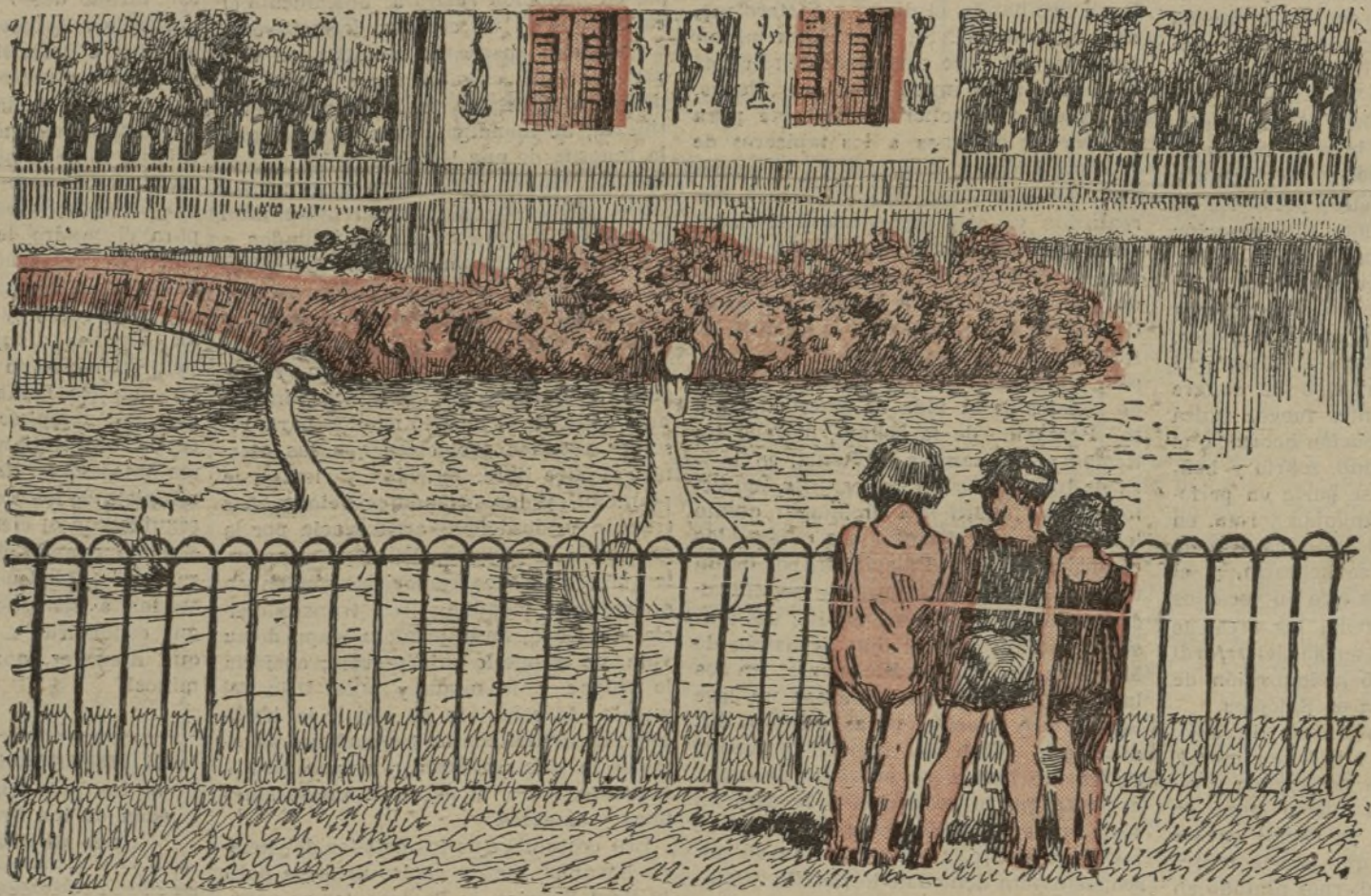
Cuentan los guardas del parque de Madrid que el viento murmura y que murmuran los pájaros. Y dicen que entre estos murmullos han podido escuchar noticias del paradero de Jaime. Según el viento, fué el provinciano a exigir responsabilidades en la Casa del Pobre por el embrujamiento y clausura de la princesa blanca. Y parece ser que de allí le echaron, propinándole una soberana y formidable paliza.

Según los pájaros, Jaime corrió, maltrecho y dolorido, hasta la Casa del Pescador, decidido a libertar a la princesa, pues todos sabemos lo travieso, belicoso y tozudo que este niño es y ha sido, lo mismo en provincias que en Madrid.

Pero esta vez fracasó su atrevimiento. No hay duda de que llegó a la puerta, como es evidente que la aporreó y consiguió que se abriera para darle paso; mas también es verdad que la puerta se cerró tras él y que todavía no ha logrado salir de su encierro. Allí está purgando todas sus diabluras. Lo dicen los pájaros.

Si en alguna ocasión os guía vuestro papá hasta el estanque de los cisnes blancos, en cuyo centro se alza la Casa del Pescador, escuchad, escuchad... Quizá lleguen a vuestros oídos los lamentos del prisionero terco y belicoso, que no encontró a la princesa blanca, pero sí halló el castigo a sus picardías.

Alfonso G. DEL BUSTO



giene y se disfrutaba de tranquilidad en la casa.

Y una tarde otoñal, de esas en que todo es quietud; una preciosa tarde en la que el Retiro entero parecía de color de miel, Marta, Carlos y Jaime, vigilados por la doméstica, se regocijaron visitando la Casa del Pobre. Y cuando se hartaron de contemplar, registrar y comentar todos los objetos y todos los rincones de la tosca instalación, continuaron su paseo hasta llegar a las proximidades de la Casa del Pescador.

Carlitos, que es un madrileño pícaro, se encaró con su primo provinciano, ignorante de las cosas de la corte, y sin andarse en rodeos, le espetó el siguiente discurso, que escuchó Jaime con los ojos muy abiertos:

—¿Ves esa casita? La llaman del Pescador; pero no hagas caso: es el palacio de la bruja Miconá. Papá me lo ha dicho, y es verdad. La bruja Miconá no era bruja: era una princesa muy blanca,

vincianito emprendió veloz carrera y desapareció entre los árboles, sin atender a las voces de sus primos y de la muchacha, que le llamaban.

—¡Jaime!—gritaba Carlitos.

Y un eco lejano respondía:

«¡...ime, ...ime, ...ime!»

—¡Jaime!—chillaba Martita.

Y una campanita, a distancia, respondía:

«¡mín, ...mín, ...mín!»

—¡Jaime!—voceaba la doncella.

Y desde lo más alto de un castaño, un pajarrago respondía:

«¡...ito, ...ito, ...ito!»

Poco a poco, el Retiro perdió su color de miel y se hizo de noche.

Carlos, Marta y la doméstica se agitaban en vano escudriñando por paseos y alamedas. Busca por acá, busca por allá, y las horas pasaban y Jaime no aparecía.

En esto, hallaron a un guarda que ya se retiraba a descansar.

NUEVO VIAJE
ENTRETENIDO

COMO EN LOS TIEMPOS DE AGUSTIN DE ROJAS

NOVELA CORTA ORIGINAL DE DIEGO SAN JOSÉ

I

FUE aquello un desahogo de mi espíritu inquieto y andariego, que gusta un tanto de la gandaya honrada y de la briva decente, no a la manera bulliciosa de Pedro del Rincón, Diego Cortado y el Buscón don Pablos, sino al modo sentimental de Agustín de Rojas.

Llegábase a todo andar la Pascua de Navidad, y, como es uso desde los primeros tiempos de la vida escénica, preparaban las compañías de «medio pelo» sus excursiones a provincias.

La temporada que pudiéramos llamar oficial no se presentaba del todo despreciable, por cuanto habíanse «pegado» dos obras en los carteles de los teatros principales, y así toda la revuelta república farandulera pensaba en ella para hacer lucida campaña, no tanto en la parte artística como en la económica, porque las dichas obras no eran de las que quedan en el repertorio como preciadas joyas de la literatura dramática, sino de esas comedias circunstanciales que

prenden, sin saber por qué, en el gusto del público, que no busca cotufas en el golfo, sino que le diviertan lisa y llanamente.

La compañía era modestísima por todo extremo. Los individuos que la formaban eran aficionados que acaso, bien dirigidos y mejor disciplinados, hubiesen podido llegar a ser notables actores. Lograron de una Empresa lugareña 30 funciones a un irrisorio tanto por ciento, más los gastos de viaje, que después habían de descontarse proporcionalmente del producto de la entrada.

Aún no me doy cuenta de cómo hu-
be de sumarme a co-

rrer la suerte de aquel grupo de héroes, que no de otra manera quiero denominarles... Una noche tomamos el correo de Barcelona y amanecimos en Calatayud.

Nos las prometíamos muy felices. No pensábamos sino que los naturales de la vieja Bilbilis estaban ansiosos de admirar nuestro arte, y habíamos de sacar de ellos tanto provecho como si hubiésemos embocado en los mismísimos Estados de la fantástica Jauja; pero en las cosas de teatro el cómico propone y el público dispone.

Aunque yo más iba a bordo de la desvencijada nave farandulera por curiosidad, no se piense que llevaba pasaje de lujo, pues era uno de tanto en la tripulación. A las veces intervenía en los repartos, desempeñando papeles cortos; pero mi principal empleo para poder jus-

tificar mi «partido» era el de tachuelero de comedias viejas, por ahorrarnos el pago de derechos, cosa a que los cómicos suelen ser muy aficionados, que de aquí viene esa doble personalidad de autores (salvo contadas y honrosísimas excepciones) de que suelen hacer gala, sin que sus pecadoras manos acierten a escribir un solo verso original.

II

Dimos en Calatayud, que fué como dar en el Purgatorio.

Durante la primera semana se defendió el negocio con algún provecho. Algunas noches acudió gente; pero así como ésta se dió cuenta de que el primer actor (cuyo nombre será bien que me calle si quiero honrar su memoria, pues

y, como, quién más, quién menos, todos conocíamos el famoso drama de Feliú y Codina, púsose en ensayo en seguida.

Mas he aquí que pronto la autorizada opinión del director del único periódico local vino a echarnos un jarro de agua helada sobre nuestros caldeados entusiasmos. Entró el hombre en el teatro cuando acababa el ensayo del primer acto.

—¿Van ustedes a poner «La Dolores»?— preguntó.

Y al responderle que, como podría juzgar por las apariencias, tal era nuestro propósito, respondió con la habitual y campechana franqueza baturra:

—No es negocio. No vendrá un alma. «Echen» mejor «El registro de la Policía», «Los dos pilletes» o cualquier otro disparate.

bilitana, nos dijo como afirmación de tales palabras:

—¿No saben ustedes lo que acaeció al final de aquella fiesta, en la que, por otra parte, este culto y honrado pueblo agasajó a sus insignes huéspedes como ellos se merecían? Pues que al final del ágape se presentó una rondalla que tuvo empeño en hacer su fineza. Todo fué regocijo en la reunión y preparáronse a recibir el festejo; pero cuál sería el asombro del dramaturgo insigne y del músico ilustre, sobre todo de este último, cuando uno de los mozos se arrancó con la siguiente copla:

La jota para ser jota
tiene que ser de Aragón,
que las demás son postizas,
aunque las haga Bretón.

—Y esto—arguyó el periodista—es, según mi humilde parecer, un argumento más de que «La Dolores» no peta en Calatayud. No le den ustedes vueltas.

Pensábamos que esta opinión honrada no era en el fondo mas que antipatía literaria hacia el drama inmortal; no nos curamos de la advertencia, que fuera tanto como curarnos en salud; pusimos la dicha obra y acudió menos gente que si hubiésemos anunciado una comedia clásica.

Desde el siguiente día, nuestra estancia en la hidalga ciudad aragonesa fué punto menos que insostenible.

El pecado de la moza deshonesto y desdichada que ha cuajado en el mejor drama contemporáneo, cayó sobre nosotros.

La Empresa, harta de perder, rescindió el oneroso contrato, y allá andábamos la triste gente de la farándula como Dios y nuestra suerte querían...

Las patronas comenzaron a mostrarse hostiles, y cada cual fué poniendo bonitamente en la calle a los cómicos que le habían tocado en suerte.

Yo tuve más ventura que el resto de mis infortunados camaradas. Mi huésped, que era un honrado carbonero, se conformó con suprimirme el desayuno y el principio y quitarme el colchón de la cama, dejándome en las puras pajas de un jergoncillo ético.

De no venir en nuestro auxilio, de allí a dos días, la Empresa rural de un pueblecillo cercano, llamado Villarroya, para hacer tres funciones en semana, no sé qué hubiera sido de nuestras inocentes vidas.

Ello fué que hasta aquel apartado rincón llegaron los resplandores de nuestro



ya no existe en el mundo) hacía nuevas refundiciones de las comedias en el mismo instante de representarlas; de que la primera actriz estaba mejor, por el tipo y por los disimulados años, para hacer características del «género chico», y de que el gracioso era el hombre más fúnebre que ha pisado escenarios, fueron haciéndonos el vacío los cultos bilbilitanos, y de allí a otra semana hallámonos con el teatro sin alma y a los huéspedes de las posadas lanzándonos el «ultimátum» de desalojamiento por falta de pago.

Pensando en que acaso halagando el espíritu del pueblo conseguiríamos levantar alguna cosa los desmayados ánimos del público y los no menos desmayados estómagos nuestros, dijo el director:

—Mañana les haremos «La Dolores».

La proposición nos pareció de perlas

—¿Por qué?—le preguntamos.

—Pues porque aquí—respondió—no les resulta «La Dolores», por lo que dice la copla. Y eso que, como saben ustedes, la muchacha no era de este pueblo, sino de Daroca, desde donde bajó a Calatayud al verse abandonada por el barbero.

—Pues nosotros creíamos... —exclamé yo—. Como tienen ustedes aquí el mesón, donde es fama que sirvió la malaventurada, y a raíz del estreno de la ópera se celebró en él una comida a usanza de la tierra en homenaje de los autores.

—A pesar de eso—replicó el simpático publicista. Aquí no encontró la moza más aficionados de verdad que el pobre Lázaro.

El jefe de Telégrafos, que acompañaba a la primera figura de la Prensa bil-

carta, y como la aldea, aunque harto apartada del bullicio del mundo, era rica, no quiso privarse del placer de gustar el teatro cortesano. Aunque no era muy ventajoso el contrato, le aceptamos. ¿Qué remedio nos quedaba...!

No había ferrocarril para aquel lugar; así es que la farándula retornaba a sus primitivos tiempos. Haríamos el viaje en carro.

A la mañana siguiente dejamos la noble patria de Marcial y de Dicenta, y salimos con rumbo a la escondida aldea, donde esperaban el pan espiritual de nuestro arte con la misma ansia que los catecúmenos esperan la palabra divina.

Medio Calatayud quedó llorando nuestra ausencia, y era la población hospederil, que nunca más pensaba tornar a ver a los que nos íbamos pagando. Tengo para mí que no hay cosa tan llorada como los difuntos y el dinero, por el vacío que dejan: unos en los corazones y otros en los bolsillos.

Estos crueles pasajes suelen ser el pan nuestro de cada día en las compañías errantes, que van repartiendo de pueblo en pueblo el ingenio cortesano. Y en tal manera son mirados por los hospederos, que así como los viajeros de comercio disfrutan de rebaja de precios en hoteles y fondas, los cómicos pagan sobretasa y han de darlo adelantado.

Mal le sienta a todo hospedador que se le escape un huésped sin pagar; pero como él sea comediante, enconásele la deuda en el alma y no hay procedimiento que no emplee contra el desdichado. Llamará a la justicia, intentará la retención de sueldos, y cuando ni siquiera así logra recuperar el débito, si es hombre a quien el escándalo se le dé poco, armará tal marimorena, que si el cómico no es «fresco» del todo, pagará más de lo que deba por no sufrirlo...

III

Sonaban las «Avenidas» en la iglesia parroquial cuando entró la carreta en el pueblo.

Apenas columbráronla los muchachos, cuando una bandada de ellos se destacó para anunciar la novedad. Otra no menos numerosa circundaba el carruaje, dando muestras de infantil curiosidad.

En algunas de las inocentes manos preveníanse piedras, que estaban prontas a estrellarse contra nuestras desmebradas personas.

La muchachería, que iba de vanguardia anunciadora, entró como una irrupción de bárbaros por la calle Real. Un chiquillo pelinegro, de mirar atravesado y no buenas inclinaciones, desapareció por una angosta callejuela, gritando a pulmón herido y como si fuera en ello no menos que la vida:

—¡Madre, encierre las gallinas, que vienen cómicos!...

Y a la algarazara y bullicio, asomábanse las gentes del lugar a puertas y ventanas. Sin duda, que unos tendrían el desacostumbrado acontecimiento por ventura y otros por desdicha.

Paró la carreta en el vasto zaguán de la posada, y fuimos apeándonos.

El frío intenso de la estación y el poco lastre que llevábamos en los estómagos tenían los miembros tan entumecidos, que había quien no era persona para ponerse en el suelo sin el auxilio de una mano humanitaria, no ya galante.

Para que no todo fuese prosa vil en aquel remedo de compañía, Amor había tejido su copo entre la dama joven y el primer galán.

Pero no se piense que el idilio era del todo limpio y a propósito para ser cantado como égloga pastoril al uso de Garcilaso y de Villegas, pues que la tal dama era no menos que una mal casa-

dilla, cuyo marido nada tenía que ver con las comedias; quedábase en Madrid viviendo, como dicen, a salto de mata, pues por no trabajar era hombre capaz de emplearse en todos los menesteres.

Fuera de esto, el dicho idilio era el único madrigal viviente que llevábamos en la impedimenta.

«Gustamos», gracias al repertorio radical que nuestro director tuvo el acierto de poner en escena, de acuerdo con las ideas avanzadas que dominaban en el pueblo.

Para presentación de la compañía se puso «Casandra», de Galdós.

El servicio de escena no componíase más que de una «casa blanca», una mesa y dos sillas, y todo ello había de combinarse equitativamente para amueblar los distintos lugares de acción que tiene la dicha comedia, que no es, por cierto, de las que han contribuido a la gloria del llorado maestro.

La obra iba tan bien, que casi salíamos a ovación por escena. A las veces, el entusiasmo crecía en forma que terminaba en escándalo. Entonces sonaba un desafinado timbre que había puesto sobre la embocadura del escenario, y como si ello fuese un poderoso conjuro del silencio, el «respetable» absteníase de tal suerte en sus entusiásticas manifestaciones, que podía oírse el vuelo de una mosca...

Pregunté al guarda del teatrillo, que era quien manejaba el inarmónico aparato, el por qué de este cambio repentino en la actitud del público, y me respondió:

—Verá usted: antes teníamos cine y volveremos a tenerlo en cuanto ustedes nos dejen. Yo soy el explicador de las películas, y cuando meten tanto barullo que no me dejan hablar, toco el timbre, y si no me hacen caso en dos veces, a la tercera les corto la película; por esto se callan ahora, porque creen que si no guardan compostura se acabará la función...

No sé si he dicho que el primer actor, sobre tener muy poco de lo que hizo célebre a Vico, era tan sordo que no oía una palabra al apuntador; pero él no atascaba y salía del paso con parlamentos brillantes de otras obras, aunque completamente distintos del asunto y la tendencia de la que estaba representando...

*

Aunque con tantas muestras de entusiasmo fuimos recibidos por el respetable público de Villarroya de la Sierra, no pudimos dar más de otra función en el simpático lugar.

Fué el caso que a la primera dama parece que se le encandilaron los bizarreros ojos con el reflejo de una onza que el cacique del pueblo llevaba pendiente de la cadena del reloj, y desde luego marcó por suya la moneda, contando con que al rollo «magnate» hablante hecho más impresión los dengues y monerías de la comediante que las levantadas escenas de la comedia galdosiana.

Pero el galancete, que a fuer de buen celoso no quitaba ojo de la prenda que quería escapársele, descubrió la vanguardia del gatuperio, y armó una tremolina tan espantosa, que poco faltó para que cómicos y pueblo, tan amigos minutos antes, hicieran tajadas...

Como dicha sea la verdad, el galancito no tenía buenos hígados, y aunque siempre hacía los primeros papeles era un poco traidorcillo, con una de cachas amarillas tiró al rival un «viaje» tan seguro, que de no esquivarle el hombre a tiempo, allí estuviera el cabo de sus días.

Ya he dicho que alborotó todo el concejo, y, confundiendo justos con pecadores, quería matarnos a palos.

A la postre, todo acabó con que salimos de mala manera, dejando como lastre a la buena moza, que dió más importancia a las religiosas onzas de su galanteador que a las continuas zambras con su Otelio y a las escaseces en la compañía.

Más muertos que vivos entramos, en la tarde del siguiente día, por el paseo de la Independencia, de la invicta y heroica ciudad de Zaragoza.

No quiero recordar el portentoso milagro (que allá se va con el que Cristo obró en la montaña) de haber comido dieciséis personas con un duro que logramos reunir rebañando en todos los bolsillos...

El galán, sin pareja, estaba inconsolable, y de allí a dos días, que andábamos viviendo como Dios quería hasta que la suerte fuese servida de depararnos un empresario, dijo que él no se acertaba a vivir sin «su» Anita, que de esta manera se llamaba la voluble dama, y despidiéndose afectuosamente de todos, fuese, quizá para no volver.

Cuando todos estábamos persuadidos de que habríase ido en busca de su ingrata coima, supimos que estaba de «grupier» en un garito pesetero que había a espaldas del teatro Principal.

En Zaragoza no hubo que dar sino lo poco que se recaudó en un «guante» que se echó entre las compañías que actuaban en los diversos teatros, y con aquel caudal, que montaba la respetable suma de 75 pesetas con 75 céntimos, echamos otra vez camino adelante, con la pesadumbre de nuestros espíritus y los trapos de las comedias por todo equipaje...

Dimos en la Puebla de Híjar, en donde por la feliz circunstancia de estar el pueblo en fiestas, pudimos dar unas cuantas funciones.

No nos fué tan acerbamente como hasta entonces, y aún lo contamos como gloriosa ventura, a no acaecernos el más desagradable suceso desde que salimos de Madrid.

El protagonista de aquel drama tan imprevisto que no le llevábamos en el repertorio, estuvo a cargo del actor cómico.

IV

La forzada costumbre de comer poco y malo había hecho que nuestros estómagos no estuviesen muy bien dispuestos para festines ni hartazgos. De otra parte, el ansia de desquitarnos de los ayunos y miserias pasadas, ya que nos mirábamos con alguna honra, nos hizo abusar algo más de lo razonable la primera noche que nos hallamos con dinero.

También esto de la hambre trasnochada es común achaque de cómicos de la legua; de suerte que cuando a los infelices les llega una hora de respiro, procuran sacar las tripas de mal año...

Se comió y se bebió hasta quedar un punto más que hartos; pero ninguno acertó a hacerlo tan bien como Perecito, aquel gracioso triste de quien en las primeras líneas dejo hecha mención.

Poco más serían de las tres de la mañana, pues ya comenzaba a oírse con mucha insistencia el alborotado cantar de los gallos madrugadores y el destemplado ladrar de los perros guardianes, cuando despertó la quejumbrosa voz del dicho camarada. Acudimosle presto, y pudimos apreciar que el mal no era otro, y fué bastante, que el hartazgo de la desacostumbrada cena.

No había médico en el lugar, porque estaba asistiendo a un parto en otro pueblo vecino, y hubimos de llamar al albeitar.

Vióle el doctor de las bestias, y desde luego conoció que aquello era más grave de lo que se pensó en un principio.

Atendióle como bien pudo, y le dejó, diciendo que nadie mejor que la joven naturaleza del paciente podría sacarlo de aquel naufragio en que se hallaba la quebrantada nave de su vida.

De esta manera parece que lo entendió también el triste Perecito, pues al querer hacerle ingerir otro potingue que le desembarazase el camino de las atrancadas tripas, exclamó:

—No os toméis más cuidados conmigo ni me hagáis padecer sobre lo que ya padezco, pues muy bien conozco que con el «beneficio» que me di esta noche me ha llegado el final de la temporada. De aquí a otros dos retortijones contadme a la diestra de Dios Padre, si es que quiere recibirme. Aunque mi natural es un tanto desaprensivo y no nada gezmofio, como sabéis, siempre tuve un poco de ley a la religión que de muchacho aprendí, más que por ella, porque los labios de mi madre enseñaron a rezar a los míos; así, pues, amigos, quisiera que me trajeseis un cura, que he menester hacerle depositario de ciertas costillas que tengo resguardadas allá en la conciencia, no vaya a acaecerme que con ellas no me dejen pasar a la otra vida. En lo que vais por él, dejadme que me recoja a solas unos momentos.

Hízose tal y como deseaba, y no tardó en llegar el párroco de la villa.

Cuando el tal salió de la estancia, no tenía palabras bastantes para hacer elogio de la serenidad espiritual del moribundo. Aseguró que en todos los años que llevaba en el cumplimiento de su ministerio (y eran más de cuarenta) no había presenciado tal firmeza para morir.

Entramos todos en la estancia del agonizante con las caras entristecidas y los corazones en pena. Nos miró el infeliz y nos habló de esta suerte:

—Llegaos acá, amigos, que ya tengo liados los hártulos y voy a emprender la temporada larga, que no tiene cuaremas. De aquí a una hora no seré más de un montón de huesos; de modo que, como dijo el otro: «Adiós, que me mudo.»

Y fué dándonos la su fría diestra, empapada en el helado y viscoso sudor postero. Para todos tenía un donaire. Era la última carcajada del histrión...

En su rostro no dejó la muerte la más pequeña huella de dolor ni de espanto. El gesto era plácido y un poco sonriente, como si el buen Perecito hubiese quedado satisfecho del final de su trágica comedia.

La ejemplarísima muerte de aquel desventurado, que en la historia del teatro hispano no dejaba ningún hueco, nos llenó el alma de una intensa melancolía.

El velatorio no fué casi regocijado, según suele acaecer, ni salieron cuentos ni chascarrillos, como espantadores de la tristeza.

Nadie quiso dormir.

Como era tiempo de estío, nos salimos unos a la puerta de la calle, desde donde veíamos perfectamente la cámara mortuoria y podíamos estar al cuidado de los cirios.

Y cuando a media mañana hubimos de darle tierra (pues ya es sabido que en los pueblos no se guardan con mucho rigor los preceptos judiciales), todo el que nos viese llorosos y meditabundos detrás del féretro, tendría por seguro que íbamos a dejar en la soledad del cementerio al más entrañable de los hermanos, ya que no al Fénix de los actores españoles.

Y no era ni entrañable amor ni admiración entusiasta quienes teníamos en tal guisa; eran aquel sosiego, aquella serenidad del espíritu en las fronteras del misterio.

Cuando de allí a otras dos fechas abandonamos el pueblo, íbamos todos silenciosos y cabizbajos.

Al pasar junto al cementerio nos detuvimos un poco, y aun los que no sabían rezar, mascullaron un padre nuestro por el alma del compañero...

V

A fines de septiembre dejamos Barcelona.

A pueros tropicónes pudimos arribar a la noble y levantisca ciudad de los condes, pero ya en fuerza de los rudos golpes, que nos llevaban de un lado para otro más que porque ello entrase, en nuestros cálculos al planear el negocio.

Sólo el director, el «barba», la «característica» y el «segundo apunte», que no tenían adónde ir, y yo, que deseaba proseguir hasta el final de aquella aventura errante, éramos los mismos que salimos de Madrid; el resto de la farándula se había recogido al paso, según fueron desertando los anteriores.

Una de aquellas magníficas playas que enjorrocen la costa catalana nos ofreció asilo a cuenta de divertirles durante la fiesta mayor.

En Barcelona contratamos una primera actriz, que si como tal no eclipsaba la gloria de María Guerrero ni la de Rosario Pino, como mujer bien pudiera poner cátedra de guapa.

Y éste fué el terrible bache que hizo dar el último volquetazo a nuestra desvencijada carreta.

En Lloret de Mar, que fué en donde dimos con nuestros huesos, quedó la bizarra comedianta apuntada en el libro galante de un rico caprichado, que se curaba la neurastenia que le permitían tener sus millones surcando en canoa las azules aguas del mar latino.

El final no pudo ser más humano ni más prosaico.

Aún siguió la caravana dando tumbos y bandazos por aquellas tierras.

Yo había visto bastante de la azarosa vida de los cómicos de menor cuantía, nietos directos de aquellos antiguos y famosos llamados de la «deguá», en cuyas filas militó el inquieto ingenio de Agustín de Rojas, y no quise continuar adelante.

Hice unas cancioncillas para cierta quipletara en boga, que a la sazón «merodeaba» por aquellas playas, y con lo que por ellas quiso darme tomé el camino de la corte, de la que, si Dios es servido, no pienso apartarme si no es bien asegurado de incomodidades, ayunos y pesadumbres...

EPÍLOGO

Ahora poco, al cabo de más de diez años, he visto al arráez de aquella nave desvencijada. Ya está viejo el infeliz, y a más de viejo, muy enfermo.

La caridad de un autor influyente le ha proporcionado una plaza de portero en cierta agrupación artística.

Me ha dado noticias de aquella dama que se quedó en Villarrova y del otro galán que no pasó de Zaragoza; la tal perdió el apoyo caciquil y enviudó luego; la cual, no pudiendo resistir la ausencia de su «buen amor», partiéndose en su busca, y parece que a la hora de ésta han embocado en la santa y estrecha hermandad del matrimonio...

Y, «colorín colorao», este viaje se ha acabado...

Diego SAN JOSE

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que «en ningún caso» nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

VIDA LITERARIA Y ARTÍSTICA

Una carta inédita de Tolstoi

La «Sociedad de los Estudios de las Obras de Tolstoi» acaba de publicar una de las nueve cartas inéditas que el gran escritor había escrito, entre 1857 y 1862, a un crítico literario, un tal Sr. Botkin.

Dicha carta se refiere a la época posterior a la guerra de Crimea, tan desgraciada para Rusia (como, además, todas las guerras bajo el zarismo), y pinta el estado de los espíritus en las capas superiores de la sociedad rusa.

He aquí su texto íntegro:

«Mi querido Botkin:

Después del régimen de cuartel del Zar Nicolás I y de la derrota de Sebastopol, en Rusia se inaugura de nuevo una era de reformas.

En la sociedad rusa se nota un movimiento muy intenso en favor de las reformas, y el Gobierno no se atreve a poner freno a este movimiento, puesto que el anhelo de la emancipación ha penetrado ya hasta en las masas populares. Los problemas políticos despiertan un vivo interés en el pueblo, que hasta ahora ha sido muy indiferente a la política, y en todas las capas de la sociedad reina una gran animación. No puede usted figurarse lo que se habla entre la gente: es algo asombroso. La nobleza se da perfecta cuenta de lo peligroso de su situación, y hace todo lo posible por impedir la abolición de la servidumbre, que considera como su prerrogativa sagrada. Por lo menos, un 90 por 100 de los nobles son hostiles a esta reforma, y no se detienen ante ningún medio para paralizarla.

La literatura rusa tiene ahora que cumplir una gran misión: debe servir a los intereses del pueblo. Eso es la exigencia que se nos impone a los escritores. Ya no quieren saber nada de la poesía, del arte puro: la única preocupación de la literatura debe ser el día de hoy, con sus problemas prácticos y sus reivindicaciones. ¿Será un golpe mortal para la poesía? ¿Es posible que la poesía desaparezca del globo, cuya gran parte ha conquistado ya? Saltikov (gran humorista ruso, contemporáneo de Tolstoi, N. T.) afirma que nadie va a leer más las obras de Goethe, y eso por la simple razón de que la sociedad contemporánea no es capaz de apreciarlas. ¡Afirma que los tiempos de la literatura y del arte han pasado; que la novela, la poesía, agonizan! ¡Pobre época en la que vivimos!

Concibo aún que las leyes de la Moral y de la Religión no puedan tener para nadie un carácter obligatorio; pero las leyes del Arte son las de la Armonía del Porvenir y conducen a la felicidad suprema.

Pero esas leyes son las de la Eternidad. Mientras tanto, en el día de hoy rigen las leyes políticas, que son en Rusia una mentira abominable. No puedo imaginarme una abominación mayor.

Con los saludos más cordiales, siempre muy suyo, León Tolstoi.»

Bajo el zarismo, tan sólo las cartas y los artículos de Tolstoi dirigidos contra el Gobierno y la Iglesia oficial, estaban prohibidos. Ahora, en la «Primera República socialista», el Gobierno del Kremlin ha decretado la expulsión de las bibliotecas públicas y de las de las escuelas, no solamente de sus obras filosóficas, sino también de «Anna Karenina» y de «La Resurrección». «No puedo imaginarme una abominación mayor», ha escrito en la carta citada arriba Tolstoi, refiriéndose a la política del Gobierno zarista.

Ahora bien; el Gobierno soviético, en cuanto a abominación, ha superado en mucho al Gobierno zarista.—N. Tassin.

«Contenido» y «forma» de la obra de arte : : :

La disputa sobre si lo que condiciona el valor de la obra de arte es su contenido o su forma, no se explica mas que por la confusión del contenido, en el asunto o el motivo, con el rótulo o el programa, etc. Si, por el contrario, entendemos por contenido lo que realmente merece este nombre; esto es: lo que encierra la obra, lo que en ella se contiene, aquella disputa no tiene objeto. Contenido de la obra de arte en tal sentido es lo figurado o representado en ella, lo que dentro de ella recibe una forma determinada, y sólo en cuanto recibe dicha forma o configuración. Y forma artística no es otra cosa que la manera de ser del contenido, por lo cual éste llega a ser tal contenido. Ambos son de tal modo una misma cosa, que no sería posible cambiar la forma; es decir, la manera de ser del contenido en lo más mínimo, sin que, al mismo tiempo, cambiase también el contenido mismo, y a la inversa. Así, pues, no es posible cambiar, por ejemplo, la forma dramática de una obra por la épica, ni una imagen o una metáfora, ni el yámbico de cinco o de seis pies por el alejandrino o por la forma no rimada, sin alterar al mismo tiempo el contenido de la obra. No se puede hablar de un contenido artístico sin hablar, a la vez, implícitamente, de la forma determinada; en virtud de la cual ha llegado a ser contenido y a ser este contenido particular. Ni tampoco se puede hablar de forma artística sin referirse al contenido, cuya manera especial de ser expresa dicha forma; en una palabra, ambos conceptos de contenido y forma son conceptos correlativos. El uno entraña el otro o alcanza su significación, sólo por obra del otro.

(De Los fundamentos de la Estética, por Teodoro Lipps. Versión castellana de Eduardo Ovejero y Mauri.)

La Poesía en Francia (1918-1924)

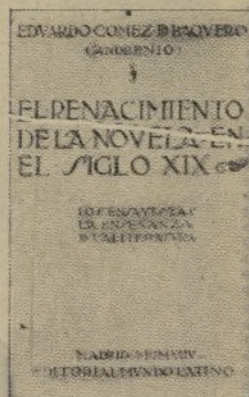
Si se juzgase de la poesía francesa en la actualidad por los libros que se muestran en los escaparates de las librerías, la impresión no podría ser más caótica. Se escribe, se vende, se compra en Francia toda clase de poesía, desde los poemas babilónicos hasta las prosas al uso del año 2000. Circunscribiéndonos a París, cada clase y cada partido tienen su poesía propia: la derecha monárquica es clásica y sigue las banderas de Racine, Moréas y J. Gasquet; los comunistas y los socialistas realizan grandes esfuerzos en pro de una poesía naturalista; la Universidad parece ser romántica (¿No se habla de crear una cátedra Víctor Hugo en la Sorbona?); en la mayoría de los círculos católicos y moderados se mantiene la influencia del simbolismo, gracias a Jammes, Claudel y hasta a Henri de Regnier (la *Revue de Deux Mondes* es buen testimonio de ello). Todas estas poesías coexisten, rivalizan, se mezclan y se ignoran. No se ponen de acuerdo mas que para lanzarse sobre la obra de los más jóvenes, a los que se les atribuye incoherencia, extravagancia y absurdo. Estos, a su vez, en bloque, repudian a sus mayores, no viendo en sus versos mas que verborrea y fastidio.

Son muchas las causas que determinan la prolongación de esta crisis: dura aún,

como dura el estado de guerra, que no ha desaparecido todavía de Europa desde 1914. Las diversas escuelas se han sucedido con una sorprendente rapidez. El cubismo florecía en 1917-18; había buenos poetas, como Cendrars, Reverdy y, sobre todo, Jacob. Lo practicaban poetas extraordinariamente dotados, como Cocteau, que bien pudiera ser el renovador del teatro en Francia. Se anunciaba una poesía de construcción muy intelectual, que producía ya obras considerables. Un cambio brusco se produjo de pronto, y la poesía francesa pasó por una de las más violentas crisis. Hacia 1917, en Zurich, nació un monstruo llamado «Dadá», cuyos padres fueron un rumano (Tzara), un alsaciano alemán (Arp) y un alemán (Huelsenbeck). Este grupo lanzó una doctrina, cuyo éxito fué bien pronto tan brillante como escandaloso. En Francia encontró prosélitos valiosos, y a ellos debió su difusión. Esta escuela, al principio, no fué otra cosa que una sucesión del cubismo literario, un esfuerzo por crear un mundo poético opuesto al mundo material y libertado de su tutela; pero, finalmente, acabó por revolverse contra el propio cubismo y contra todo lo existente sobre la tierra. «Dadá» negó no solamente el valor y la existencia de las cosas, sino también la sociedad, el público, el vocabulario, la inteligencia, la literatura. En cierto modo vino a ser algo así como el punto extremo del romanticismo, pues proclamaba la quiebra de la razón y de la sociedad, asegurando que el que era poeta producía poesía en todo cuanto decía espontáneamente. Esto es: se afirmaba la supremacía absoluta de la inspiración. «Dadá», más que a hacerse comprender, tendía a impresionar. Juzgando que todas nuestras palabras, toda nuestra civilización, no eran mas que engaño y equivoco, pretendía únicamente, como objetivo, un «equivoco aceptable». Algunos de estos autores produjeron obras verdaderamente bellas: las poesías líricas de Tzara, los *Campos magnéticos* (1920), de Breton y Soupault, prevalecerán sin duda alguna. Paul Eluard ha escrito pequeñas obras inolvidables. Pero el público no conoció de «Dadá» más que sus clamores: reuniones públicas, manifiestos, proceso de Barrés, etcétera. No vió otra cosa que un grupo de energúmenos ansiosos de reclamo, de drama, de desesperación y de una gloria mortal.

(Concluirá en el próximo número.)

Los Libros de la Semana



El renacimiento de la novela en el siglo XIX, por Eduardo Gómez de Baquero («Andrenio»). — Pocos escritores están en España tan capacitados para la crítica como Eduardo Gómez de Baquero, que ha hecho ilustre el seudónimo de «Andrenio». Y pocos también han conquistado en su ejercicio tanto prestigio y autoridad como el insigne polígrafo. Este libro que acaba de publicar ahora sobre el renacimiento de la novela en el siglo XIX, que constituye un importante acontecimiento literario, nos muestra el pensamiento de «Andrenio», tan rico y flexible, siempre nuevo y jugoso, en toda su plenitud y madurez.

ESCUELA BERLITZ ARENAL, 24

ACADEMIA DE LENGUAS VIVAS

Todos los meses empiezan clases de inglés, francés, alemán e italiano.— Clases generales e individuales.— Traducciones.

Baños del Norte

ESTABLECIMIENTO HIDROTERAPICO

Jardines, 16

Aduana, 25

ABIERTO TODO EL AÑO

Baños especiales de este Establecimiento

Baños perfumados de rosa, violeta, lavanda, colonia, en sales apropiadas y con ropa afelpada, 5 pesetas.

Baño y ducha estimulante neuro-lónico, serie de diez, 35 pesetas.

Baños populares, de cinco a ocho de la mañana y de dos a cuatro de la tarde, serie de diez, 10 pesetas.

Duchas frías, en cualquier aparato, 1,50; por abono desde diez, 1,25; por abono desde treinta, 1 peseta.

Duchas escocesas, calientes, alternas y orientales, 2,50; por abono desde diez, 2 pesetas.

Duchas de vapor, 3,50; por abono desde diez, 3 pesetas.

Servicio de ropa: Sábana y toalla lisa, 0,25; afelpada, 0,50 pesetas.

MOTOCICLETAS

ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

QUIOSCO DE EL IMPARCIAL

CALLE DE ALCALÁ
ESQUINA A BARQUILLO

Se admiten anuncios, suscripciones y reclamaciones



CARLOS GÖPPEL
FABRICA DE RELOJES

